

EL DUELO: UN-a BATALLA.

David Andrés Vargas¹
Psicólogo

“La hermosa herida de lo imposible. Sangra.”
Nuria Barrios, *Tu nombre flotando en el adiós.*

El duelo, al ser un trabajo donde el sujeto batalla para rematar al muerto, y a su vez donde se reabre su segunda muerte, aquella que tiene que ver con la castración, está estrechamente ligado con el acto y, por consiguiente, con una ética. Acto que, como lo señala Lacan, no corresponde directamente con la motilidad, sino con el significante. Acto que produce inevitablemente un cambio en el sujeto. Sin embargo, será necesario que el sujeto esté guiado por una ética que acompañe a dicho acto para posibilitar la entrada en el duelo, el trabajo que requiere, así como su resolución, debido a un sacrificio. Una erótica, como lo señala Allouch (2006), aunque podemos preguntarnos si no es una *eroética*. Ausencia de ética que tendrá diversas manifestaciones en cada sujeto: duelo melancólico, inhibición, síntoma, angustia, suicidio...

El duelo, un-a batalla, donde el sacrificio, la separación del objeto en el lugar del a, permite su resolución. Lucha donde quien pierde, gana.

En el principio, la muerte

“No existe la muerte general ni en general. La muerte siempre tiene un nombre propio” (Del Búfalo, 2005, p. 134). ¿Muerte de qué o quien? Esta es una de las preguntas que Freud responde en *Duelo y Melancolía* al decir que el duelo es “la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (Freud, 2001a, p. 241). Entonces, sólo entramos en duelo por amor, y ya que el amor, como lo señala Lacan (2006b), amarra lo real, lo simbólico y lo imaginario, podemos decir entonces que toda muerte implica los tres registros. Que Freud no haga distinción entre el amor a alguien y el amor a algo, nos

¹ Psicólogo Universidad del Norte, Barranquilla (Colombia). Estudiante de Formación Clínica en Psicoanálisis, Colegio Clínico del Río de la Plata y La Tercera, Buenos Aires (Argentina).

evidencia que se trata de elementos de estructura y, por lo tanto, se presenta en los dos casos.

Se advierte en este texto freudiano, también, cómo se utilizan palabras que bien podríamos encontrar en la descripción de una batalla. Tres pasajes del texto lo denotan.

Primero: “El complejo melancólico se comporta como una *herida abierta*, atrae hacia sí desde todas partes energías de investidura (que en las neurosis de transferencia hemos llamado <<contrainvestiduras>>) y vacía al yo hasta el empobrecimiento total...” (Freud, 2001a, p. 250) [Subrayado mío].

Segundo:

“[...] el duelo normal *vence* sin duda la pérdida del objeto y mientras persiste absorbe de igual modo todas las energías del yo. ¿Por qué después que transcurrió no se establece también en él, limitadamente, la condición económica para una fase de *triumfo*? Me resulta imposible responder a esa objeción de improviso (Freud, 2001a, p. 252) [Subrayado mío].

Finalmente, en el tercero, se lee: “El conflicto en el interior del yo, que la melancolía recibe a canje de la *lucha* por el objeto, tiene que operar a modo de una *herida dolorosa* que exige una contrainvestidura grande en extremo” (Freud, 2001a, p. 255) [Subrayado mío].

Vencer, herida abierta, triunfo, lucha, herida dolorosa... ¿no son palabras que hacen parte de toda batalla?

Sin embargo, a diferencia de lo que señala Freud (2001a, p. 252) en este texto, para iniciar un duelo no es suficiente con que el objeto haya muerto y que la realidad pronuncie “su veredicto: el objeto ya no existe más” ya que “al parecer, el duelo también supone condiciones para su aparición” (Eleb, 2007, p. 117).

Igualmente, en el duelo el sujeto tiene un acercamiento a la muerte vía el otro, pero que siempre tiene este estatuto de alteridad, ya que, en el inconsciente nada sabemos de la muerte. Hacerse responsable de la muerte, como los rituales funerales lo denotan, señala una ética en el duelo. La falta a dicha ética no deja de producir impasses, como bien “el caso Hamlet”, trabajado por Lacan, lo denota.

Heidegger (citado por Derrida, 2000, p. 51) dice al respecto:



Es la muerte del otro de lo que soy responsable hasta el punto de incluirme en la muerte. Lo que se muestra tal vez en una proposición más aceptable: <<Yo soy responsable del otro en cuanto que él es mortal>>. La muerte del otro es la muerte primera.

Es en este sentido que la ética del psicoanálisis, opuesta a la pasión por la ignorancia, denota el compromiso ético del sujeto en el duelo: "Frente a las posturas sociales hostiles y renegatorias, indudablemente la intuición freudiana de aceptación y consideración del duelo, retomada luego por Lacan, atañe a los horizontes en que anidan su función subjetivante y su valor eminentemente ético" (Bauab, 2001, p. 8).

Desde la muerte del objeto amado, a la segunda muerte para resolver el duelo, hay un camino por recorrer: "quien está de duelo pasará de la experiencia de la desaparición de un ser querido (y de la falla de la realidad para resolver la cuestión abierta por esa desaparición) al reconocimiento de su inexistencia" (Allouch, 2006, p. 125).

Camino que pasa por los tiempos lógicos señalados por Lacan (2005) y que Allouch (2006, p. 366) articula en relación al duelo de la siguiente forma:

El incumplimiento está primero, es aquello por lo cual el superviviente se relaciona en primer lugar con al muerte de quien le era cercano. En un *instante de ver*, esa vida se le aparece en lo que tiene de inacabado definitivamente, en todo aquello que no pudo realizar. El tiempo del duelo será entonces el *tiempo de comprender* que desemboca en el *momento de concluir* que en verdad esa vida se cumplió y de qué manera" [Subrayado mío].

En el duelo, así como en una batalla, lo primero que se profiere es un grito que denota lo inaceptable, lo impensable de la muerte. Un "¡No es posible! ¡Es un disparate!" (Nasio, 1999, p. 13). Primer clamor significativo para revestir el agujero en lo real que se hace evidente. Se abre el abismo entre lo real, la realidad y la verdad.

Dice Allouch (2006, p. 74) al respecto:

Con el <<¡No es verdad!>>, la realidad deja de poder ser recibida como dato; por el contrario, es despojada de su evidencia de dato (...) tiene el alcance de una marca inaugural que introduce al sujeto en su estatuto de enlutado. Nos indica que la realidad para quien está de duelo justamente ya no puede constituir una prueba. En lo sucesivo, conforme a su naturaleza, plantea preguntas. Si hay una <<prueba de realidad>> en el duelo, nunca puede ser sino en el sentido de que en el duelo la realidad como tal se halla puesto a prueba (...) En la experiencia del duelo, la realidad ya no le sirve de pantalla a algo real.

Con este grito, como un grito de batalla, inicia el duelo.

El inicio de la batalla

El inicio de la batalla trae consigo lo que señala Freud (2001a, p. 242) en su célebre texto *Duelo y melancolía*:

El duelo pesaroso, la reacción frente a la pérdida de una persona amada, contiene idéntico talante dolido [a la melancolía], la pérdida del interés por el mundo exterior —en todo lo que no recuerde al muerto—, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor —en remplazo, se diría, del llorado—, el extrañamiento respecto de cualquier trabajo productivo que no tenga relación con la memoria del muerto.

Lucha doliente del sujeto por aferrarse al objeto que ha perdido, como muestra de lo irremplazable del mismo: “...el dolor del duelo no es dolor de separación, sino dolor de lazo. Este es el nuevo concepto que quería aportar: *pensar que lo que duele no es separarse sino aferrarse más intensamente que nunca al objeto perdido*” (Nasio, 1999, p. 199). Si el duelo ha de ser doloroso, como señala Freud (2001b), es porque el sujeto se empecina en un imposible, a saber, no renunciar a lo que ya no podrá ser: “El carácter doliente de esta separación armoniza con la explicación que acabamos de dar, a saber, la elevada e incumplible investidura de añoranza del objeto en el curso de la reproducción de las situaciones en que debe ser desasida la ligazón con el objeto” (Freud, 2001b, pp. 160-161).

Como dice Joaquín Sabinas en la canción *Con la frente marchita*: “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”. No se llora tanto por lo que se ha perdido, sino por lo que nunca pasó.

Intento fallido de capturar lo que ya no es posible decir: *nosotros*. Ahora, en ese lugar, un desgarramiento. Se dedica tiempo y esfuerzo en memoria del muerto, como si esto pudiera suplir el tiempo que *hizo falta*, pero que a su vez, fue aquello lo que permitió que el deseo circulara entre los implicados.

Lacan (2006a, p. 155) nos señala a propósito de esto:

Sólo estamos de duelo por alguien de quien podemos decirnos *Yo era su falta*. Estamos de duelo por personas a quienes hemos tratado bien o mal y respecto a quienes no sabíamos que cumplíamos la función de estar en el lugar de su falta. Lo que damos en el amor es esencialmente lo que no tenemos, y cuando lo que no tenemos nos vuelve hay, sin duda, regresión y al mismo tiempo revelación de aquello en lo que faltamos a la persona para representar dicha falta. Pero aquí, debido al carácter irreductible del desconocimiento acerca de la falta, tal desconocimiento simplemente se invierte, o sea que la función que desempeñábamos de ser su falta ahora creemos poder traducirla como que hemos estado en falta con esa persona —cuando precisamente por eso le éramos preciosos e indispensables—.



Retorna la castración al sujeto que era la falta para el otro. Se tratará entonces de pasar de haberle faltado a ser su falta. De la impotencia a la imposibilidad, ya que no era posible dejar de estar en falta para el otro, al ser esto lo que precisamente permitía el amor.

La pregunta por la pérdida

Ahora bien, ¿qué ha perdido el sujeto en duelo? ¿El sujeto sabe qué es aquello por lo que lucha? Freud (2001b, p. 243) comenta lo siguiente en *Duelo y melancolía*:

El objeto tal vez no está realmente muerto, pero se perdió como objeto de amor (p. ej., el caso de una novia abandonada). Y en otras circunstancias nos creemos autorizados a suponer una pérdida así, pero no atinamos a discernir con precisión lo que se perdió, y con mayor razón podemos pensar que tampoco el enfermo puede apresar en su conciencia lo que ha perdido. Este caso podría presentarse aún siendo notoria para el enfermo la pérdida ocasionadora de la melancolía: cuando él sabe a quién perdió, pero no lo que perdió en él. Esto nos llevaría a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída de la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconciente en lo que atañe a la pérdida.

No deja de llamar la atención esta cita por su tensión con la clínica. Al diferenciar Freud la melancolía del duelo diciendo que en la primera el sujeto sabe a *quién* perdió pero no lo que perdió con él, mientras que en el caso del duelo el sujeto sabría el *quién* y el *qué*, puede advertirse que en el duelo también se presenta el desconocimiento del *qué*, tal como lo señala Nasio (1999, p. 109):

Observemos inmediatamente que toda la problemática del objeto *a* se sostiene en estas frases. Sabemos a quién hemos perdido, pero no sabemos qué ha sido perdido con la desaparición de la persona amada. He aquí una primera distinción que, como ven ustedes, no basta para separar el duelo normal del patológico, porque se vuelve a encontrar rigurosamente esta parte inconciente en todas las formas del duelo.

Se trataría entonces de la pérdida de un objeto que tenga el estatuto de objeto *a*. Se sabrá entonces en el duelo del *qué* en tanto inconciente, mientras que en la melancolía no se tendría saber alguno:

El objeto de duelo está configurado al modo de un <<Objekvorstellung>> (Freud, <<las afasias>>) es un objeto complejo donde se conjugan <<Sachevorstellung>> y <<Wortvorstellung>>, preconciente-consciente e inconciente. Del objeto del duelo se sabe en un doble registro. En cambio, del objeto de la melancolía, como Freud observaba, de él, el sujeto, nada sabe (Cancina, 1993, p. 99).

Al advertir Freud que hay una distinción entre por quién estamos de duelo y lo que perdemos con él, nos permite decir que hay una diferencia entre ambos pero que

siempre hay un amarre entre uno y otro. Uno no es sin el otro. Lo señalado por Allouch (2006, p. 38) va en este sentido:

Escribamos el hallazgo en el álgebra lacaniana: el objeto perdido que instaura el duelo no es un individuo, no es un indiviso, un 1, sino un objeto compuesto, un $(1+a)$. El paréntesis cifra la solidaridad, que hemos señalado, según la cual queda excluido perder el 1 sin perder *ipso facto* el *petit a*.

El *qué* cobra un valor fálico para el sujeto en el momento en que este lo pierde con el difunto, quedando el enlutado "...brutal, salvaje y públicamente ubicado en posición de erastés, de deseante" (Allouch, 2006, pp. 30-31)

Pero si el enlutado ha sido la falta del difunto, el difunto, como lo manifiesta Lacan (2006a), ha funcionado para el enlutado como su imagen especular, $i(a)$. Imagen *amable* que al ausentarse y verse afectada por la muerte, desestabiliza al sujeto. No se trata entonces de sólo una pérdida real, sino imaginaria. Que se pierda la capacidad de elegir un nuevo objeto de amor no resulta entonces extraño, ya que al encontrarse idealizado el objeto, impide que, más allá de una sustitución, se le permita dar el estatuto de pérdida.

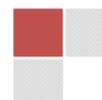
El luto: señal de la pérdida

Frente a las pérdidas que trae la muerte del objeto, ¿qué puede hacer el sujeto? En este punto es donde el duelo cobra un valor ético, ya que es necesario que el sujeto se haga cargo de la muerte del ausente. Que se haga cargo, para no cargar con ella. "La sombra del objeto cayó así sobre el yo" (Freud, 2001b, p. 246): el melancólico es aquel que carga con el muerto.

A propósito de esto, señala Del Búfalo (2005, p. 135):

La muerte, en el mundo, al final del mundo, es, a la vez, la responsabilidad de la muerte del otro, es decir, de seguir respondiendo por el mundo cuando el otro muere. Pero, y por la misma razón, es la imposibilidad de responder, después del fin, más allá del fin, por la propia muerte (...) Es una rara responsabilidad: nadie es autor de su propia muerte — incluso el suicidio, como insinúa Séneca, es ya un acto antepuesto a la muerte, es un fin *per se*, es un fin en sí mismo y el final de ese fin—, la muerte, la propia muerte, desautoriza, yace <<afuera>> de cualquier acto. Es el otro quien es el autor de la muerte otra, siempre otra, inexorablemente *heteronómica*.

Este *hacerse cargo* de la muerte del otro lo permiten los ritos del entierro, en donde se dice adiós a lo que ya se ha ido, perdiendo una segunda vez lo perdido. El luto hace evidente la falta que el sujeto encarnó para el ausente, además de funcionar



como una señal de que hay algo que lo habita del ausente: “Quien está de duelo es habitado por el ser que ha perdido” (Allouch, 2006, p. 333). Sin embargo, no sólo se llevaría luto por el ausente, sino por la pérdida que todo sujeto, por ser hablante, debe sufrir: la castración. Pérdida que hace eco en la primera pérdida. Dice Lacan al respecto (2006a, p. 125):

Llevamos luto y experimentamos sus efectos de devaluación en la medida en que el objeto por el que hacemos duelo era, sin nosotros saberlo, el que se había convertido en soporte de nuestra castración. Cuando ésta nos retorna, nos vemos como lo que somos, en la medida en que nos vemos esencialmente devueltos a esa posición de castración.

El clamor a lo simbólico

Frente a la pérdida con la que se encuentra el sujeto, ese agujero en lo real, ¿con qué cuenta el sujeto para no ser absorbido por ese vacío? Las ceremonias del duelo ya nos dan una pista del llamado que el sujeto realiza a lo simbólico, como forma de poder lidiar con la pérdida. Entre el duelo y la forclusión, como señala Allouch (2006), existe cierta similitud, en tanto que en las dos se trata de hacer un llamado frente a un agujero, respondiendo algo en lo real en el caso de la forclusión frente al agujero simbólico y un elemento simbólico en el caso del duelo frente al agujero en lo real.

Sin embargo, “persiste una diferencia: el significante forcluido de lo simbólico debe determinarse en cada caso (...), mientras que en el duelo ciertamente que también es particular en cada caso, literalizado, pero sin embargo, cualquiera sea esa literalidad, siempre se tratará del significante fálico” (Allouch, 2006, p. 292). Ha de ser el significante fálico en tanto que este ha sido la huella de la castración. Es gracias al sacrificio de ese significante fálico que el sujeto puede dar lo que no se tiene, dar la castración, que se puede volver a perder lo perdido. Un acto, entonces, de amor. Ya decía Derrida (2000, p. 66) que “Si le doy (la) muerte a lo que odio, no es un sacrificio. Debo sacrificar lo que amo”.

El asesinato del muerto

Será entonces un sacrificio lo que permita darle muerte al muerto, sacrificando “...lo único en lo que tiene de único, de irremplazable y de más valioso” (Derrida, 2000, p. 61). Pasando de la pérdida, en donde el sujeto está en una relación persecutoria con

el muerto, batallando por recuperar el objeto perdido con el muerto; a sacrificar un trozo de sí, de tal forma que cese la batalla:

El duelo no es solamente perder a alguien (agujero en lo real), sino también convocar en ese lugar a un ser fálico para poder sacrificarlo. El duelo es efectuado si y sólo si se ha hecho efectivo ese sacrificio. El sujeto habrá perdido entonces no solamente a alguien sino, además, sino, aparte, sino, como suplemento, un pequeño trozo de sí (Allouch, 2006, p. 300).

Ya no un objeto robado, sino un objeto del que se hace un regalo. Objeto del cual el sujeto no ha sido privado, sino que por estructura *hace falta*. Dicho sacrificio tendrá un estatuto de acto, en tanto que el sujeto no volverá a ser el mismo luego de dicho sacrificio en razón de la modificación que produce en la estructura del sujeto: “Si un acto se presenta como corte, es en la medida en que la incidencia de este corte sobre la superficie topológica del sujeto modifica la estructura o por el contrario la deja idéntica” (Lacan, s.f, p. 97). El sujeto advertirá los cambios sólo retroactivamente, en tanto que su presencia en el acto se encontrará eclipsada: “Es una dimensión común del acto el no incluir en su momento la presencia del sujeto. El sujeto reencontrará su presencia en tanto que renovada más allá del pasaje del acto, pero nada más que eso” (Lacan, s.f, p. 24).

En esta misma dirección, Segade (2008, p. 124) señala al respecto que “Los trazos psíquicos y el movimiento de energía libidinal son tan grandes que jamás un sujeto será igual a sí mismo antes de la pérdida que ocasiona el duelo”, estando esto en congruencia con el estatuto de acto que el sacrificio del duelo implica.

En cuanto al estatuto de regalo que cobra el trozo de sí y el acto que este conlleva, podemos encontrar en Lacan (2006a, p. 342) lo siguiente:

Articular el acto en el campo de la realización subjetiva, aludiendo en él la prioridad del *a*, es el mito personalista. El *a* inaugura el campo de la realización del sujeto y, en adelante, conserva allí su privilegio, de modo que el sujeto en cuanto tal sólo se realiza en objetos que son de la misma serie que el *a*, ocupan el mismo lugar en esta matriz. Son siempre *objetos cesibles* (...) Digamos, en fórmulas que sólo pueden aproximarse a lo que es un acto, que hablamos de acto cuando una acción tiene el carácter de una manifestación signifiante en la que se inscribe lo que se podría llamar el estado del deseo. [Subrayado mío].

Será gracias al acto ejecutado que el sujeto podrá subjetivar la pérdida, pasando del momento en que la realidad dejó de funcionar como dato para el sujeto desde el grito inicial del duelo, ese “¡No puede ser!”; hasta un momento de captación a posteriori de la pérdida que podrá ubicar. El sacrificio en tanto acto tendrá entonces, como todo acto, un estatuto de acontecimiento para el sujeto:



Al parecer, darse cuenta expresa mejor que <<examen de realidad>> lo que está en juego, es decir, una subjetivación de esa <<ya no existencia>> en el momento en que se estaría frente a una desaparición. Pero, ¿qué quiere decir darse cuenta efectivamente? ¿Cómo se subjetiva un sujeto en ese darse cuenta? ¿Es posible fuera de un acto, de un re-acto? (...) El <<darse cuenta>> tiene pues el estatuto de un acontecimiento, localizable como tal. (Allouch, 2006, p. 79).

Sin embargo, es conocido que en algunos duelos el trozo de sí a sacrificar es sustituido por un *todo de sí*, momento en que el suicidio tiene lugar. El sujeto prefiere perder la vida que la bolsa (Lacan, 2001), en este caso, no perder ese trozo de sí de estatuto fálico. Prefiere morir que aceptar su condición de sujeto castrado: “En tal caso [en el del suicidio], el doliente parece reabsorberse él mismo en ese trozo de sí, realizándose como trozo de sí mismo; <<prefiere>> serlo él mismo antes que perderlo en el sentido de ser privado de ello” (Allouch, 2006, p. 305).

Faltando a la ética del duelo, al *debes separarte del muerto* que todos los rituales funerarios enfatizan y que lo social sostiene, el peso del muerto es tal que al sujeto sentirse aplastado por su sombra, no encuentra otra salida que arrojarlo fuera de la escena reduciéndose todo él al objeto fálico. La salida no se encuentra en tanto que el sujeto no considera el sacrificio como condición de vida, sino el sacrificio como excluido de la vida. Señala Bauab (2001, p. 24) al respecto:

Entonces la melancolía, o en ocasiones el duelo melancolizado, en ese desesperado intento de separarse del agobiante peso del objeto, puede llegar a producir el único acto eficaz a tales fines –el suicidio-. Es el triunfo del objeto cuando no fue concebido como perdido. Esto sería lo opuesto de lo que Freud propone precisamente para culminar el trabajo del duelo (...) donde el sujeto en una posición activa puede consumir por segunda vez la pérdida, asesinando al objeto, matando al muerto o, en otras palabras, permitiendo en lo simbólico lo que había sido perdido en lo real.

La reestructuración fantasmática

Gracias al acto del sacrificio comentado previamente, el sujeto reestructura su relación fantasmática al modificar su relación con el objeto *a*, en tanto que el corte efectuado remarca la división que estructuralmente el objeto produce en el sujeto, así como la castración. Dice Lacan (2006a, p. 362) a propósito de la función del duelo:

Por nuestra parte, el trabajo del duelo se nos revela, bajo una luz al mismo tiempo idéntica y contraria, como un trabajo destinado a mantener y sostener todos esos vínculos de detalle, en efecto, con el fin de restaurar el vínculo con el verdadero objeto de la relación, el objeto enmascarado, el objeto *a* –al que, a continuación, se le podrá dar un sustituto, que no tendrá mayor alcance, a fin de cuentas, que aquel que ocupó primero su lugar.

Sustituto que dista de poder remplazar más que un lugar, ya que cada uno de los objetos que advengan serán particulares e irremplazables. El lugar podrá ser ocupado, pero no sustituido el objeto: “La función del duelo no sería el cambio de objeto, sino la transformación de la relación del sujeto con el objeto fantasmático” (Bauab, 2001, p. 37).

Por otra parte, se evidencia en la enseñanza de Lacan cómo el lugar del *a* en el fantasma es posibilitado por el sacrificio del falo y su duelo:

En la articulación del fantasma, el objeto ocupa el lugar de aquello de lo que el sujeto está privado <simbólicamente>. ¿Qué es? Es con el falo que el objeto asume la función que tiene en el fantasma y el deseo se constituye con el fantasma como soporte. (Lacan, 1959, p. 10; citado por Allouch, 2006, p. 281).

El duelo por el falo ha de entenderse como condición de la relación fantasmática del sujeto, así como lo que posibilita el sostenimiento del deseo gracias a la conexión que el fantasma realiza entre el sujeto y el objeto *a*: “Si el objeto está fundamentalmente perdido, el acceso a esa pérdida supone la constitución de aquél en el deseo. Freud denomina *castración* el acceso al objeto del deseo; Lacan introduce la constitución de éste en el fantasma sobre la base de un sacrificio, un duelo, una privación del falo” (Eleb, 2007, pp. 99-100).

La hermosa herida de lo imposible: Lo imposible de sustituir

Llegado este punto, en donde la batalla ha cesado, se evidencia que hay un punto de imposible, el cual es la imposibilidad de sustituir al objeto. Cualquier objeto será siempre otro, en tanto que será uno más, siendo sentenciado por lo simbólico al entrar en una serie que le asigna un número: segundo, tercero, cuarto... pero nunca ya el primero, al ser cada experiencia única gracias al trozo de sí sacrificado en cada caso, dando como resultado una serie que no hace sumatoria: $(1+a) + (1+a) + (1+a) + \dots + (1+a)$.

Advierte Allouch (2006, p. 163) al respecto:

En efecto, no hay objeto sustitutivo por la razón esencial de que el objeto de amor no es situado por el recuerdo, sino por la repetición, y lo que cuenta en la repetición es justamente la cuenta, la imposibilidad para la segunda vez de ser la primera –aun cuando se la pretenda en todo idéntica a la primera. La cuenta, por sí sola, inscribe como esencial la no-sustituibilidad del objeto”.



Aunque Freud (2006a) en *Duelo y melancolía* consideraba el fin del duelo como la posibilidad de sustituir el objeto amoroso, es posible encontrar elaboraciones posteriores que se dirigen a denotar lo insustituible del objeto. Tal como lo señala Allouch (2006, p. 160), en una carta de Freud a Binswanger se lee: “Se sabe que el duelo agudo que causa una pérdida semejante hallará un final, pero que uno permanecerá inconsolable, sin hallar jamás *un sustituto* (...) Todo lo que tome ese lugar, aun ocupándolo enteramente, seguirá sendo siempre algo distinto” [Subrayado mío].

Sin embargo, llama la atención que Freud hablara de *representaciones singulares* cuando hace referencia al trabajo que se realiza en la melancolía. Podemos decir que, vía la melancolía, Freud captó algo de lo insustituible del objeto, que posteriormente le permitiría entender como igualmente presente en el duelo. La cita es la siguiente:

La representación(-cosa) inconciente del objeto es abandonada por la libido. Pero en realidad esta representación se apoya en incontables *representaciones singulares* (sus huellas inconcientes), y la ejecución de ese quite de libido no puede ser un proceso instantáneo, sino, sin duda, como en el caso del duelo, un proceso lento que avanza poco a poco” (Freud, 2001a, p. 253) [Subrayado mío].

Se sabe desde *Duelo y melancolía* las diferencias entre el trabajo del duelo y el de la melancolía, pero la singularidad de las representaciones que Freud señala en la cita anterior ponen en evidencia que ambos trabajos son formas de tramitar la pérdida de un mismo objeto, el falo, teniendo cada uno manifestaciones diferentes por los mecanismos con los que cada estructura cuenta.

La segunda-primera muerte: castración

Al ser la muerte, como lo señala Del Búfalo (2005, p. 42) “...uno de los nombres de lo imposible”, podemos relacionarlo con la castración, punto en el que más allá de la de la impotencia, lo imposible posibilita lo posible. Que no esté inscrita en el inconsciente la muerte, no quiere decir que el sujeto no haya tenido ya una experiencia de la muerte, siendo la castración dicha experiencia:

Podríamos deducir que si no hay inscripción de la muerte en el inconsciente, tal como Freud lo vuelve a ratificar en 1925, <<en el inconsciente no existe nada que pueda dar un contenido a nuestro concepto de la destrucción de la vida>> (Freud, 1973:2858), es al yo al que le corresponde la tarea de aproximarse, a dar contenido a la idea de la muerte. El miedo a morir lo equipara al miedo a la castración. Es por ello, que en la infancia, la castración como vivencia, es el choque con lo imposible de lo real de la diferencia de los sexos...” (Izagirre, 2005, p. 8).

Lacan llama a la castración *la segunda muerte*, subvirtiendo el orden cronológico por el lógico al ubicar la muerte natural como la primera muerte, en razón de que el primer encuentro con la muerte es la muerte del otro:

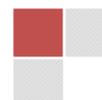
La noción de <<segunda muerte>> como subjetivación de la falta para el sujeto exige previamente efectuar por segunda vez la muerte del objeto amado, es decir, que lo que murió en lo real –en el proceso de atravesar el duelo- muera en lo simbólico. La segunda muerte para el sujeto equivaldría a la efectiva inscripción de la castración, en una máxima diacronía, en una máxima anticipación respecto de la muerte natural, a la que [Lacan] denomina la primera muerte. (Bauab, 2001, p. 42)

La muerte, entonces, desde el principio, desde el sacrificio que da lugar al deseo. La vida siempre atravesada por la muerte, siempre juntas, como en una banda de Möbius. La muerte, condición del deseo.

¿La vida o la bolsa? Es el paso por la castración aquello que demarca lo imposible de liberarse de la muerte, y asumir la muerte, aquello que permite vivir: “Cada uno puede asumir, y esto es la libertad, la responsabilidad, su propia muerte, a saber, la única cosa del mundo que nadie puede dar ni quitar” (Derrida, 2000, p. 49).

Referencias bibliográficas

- Allouch**, J. (2006). *Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: Literales.
- Bauab**, A. (2001). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires, Argentina: Homo sapiens.
- Cancina**, P. (1993). Clínica de la Melancolía, en: *Lacan...efectos en la clínica de las psicosis*. Sergio Rodríguez (comp.). Buenos Aires: Lugar. (pp. 92-100).
- Del Búfalo**, E. (Julio 2005). Lo imposible de la muerte – de Jacques Derrida, en: *Eidos: revista de filosofía de la Universidad del Norte*, 3, Barranquilla, 132-140.
- Derrida**, J. (2000). *Dar la muerte*. Barcelona, España: Paidós.
- Eleb**, D. (2007). *Figuras del destino: Aristóteles, Freud y Lacan o el encuentro de lo real*. Buenos Aires, Argentina: Manantial.
- Freud**, S. (2001a). Duelo y melancolía. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XIV, pp. 235-255). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1917).
- (2001b). Inhibición, síntoma y angustia. En J. Strachey (Ed.) y J.L. Etcheverry y L.Wolfson (Trads.). *Obras completas* (Vol. XX, pp. 71-161). Buenos Aires, Argentina: Amorrortu (Trabajo original publicado en 1926).



- Izaguirre, M.** (2005). La muerte: un asunto de los vivos, en *La Azotea: revista del foro del campo lacaniano de Venezuela*, 3, 5-9.
- Lacan, J.** (2001). *El seminario de Jacques Lacan, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- (2005). El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. En T. Segovia y A. Suárez (Trads.). *Escritos* (Vol. I, pp. 187-203). Delegación Coyoacán, México: Siglo XXI (Trabajo original publicado en 1945).
- (2006a). *El seminario de Jacques Lacan, libro 10: La angustia*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- (2006b). *El seminario de Jacques Lacan. Libro XXIII: El sinthome*. Buenos Aires, Argentina: Paidós.
- (s.f) El acto psicoanalítico. Inédito. Clase del 29 de noviembre de 1967.
- Nasio, J.** (1999). *El libro del dolor y del amor*. Barcelona: Gedisa.
- Segade, M.** (2008). *Narciso fin de siglo*. Barcelona, España: Melusina.